



ESCÉPTICOS. Ricardo Campo, en el centro, junto a Eduardo Angulo (derecha) y Fernando Frías, participantes en las jornadas sobre ovnis. / LUIS ANGEL GÓMEZ

RICARDO CAMPO FILÓSOFO Y ESCÉPTICO

«Los ovnis son un mito religioso»

JULIÁN MÉNDEZ BILBAO

24 de junio de 1947. Kenneth Arnold tiene sólo 32 años, pero es un experimentado piloto. Trabaja como vendedor de equipos antiincendios y tripula su avioneta 'Callair' sobre los inmensos bosques de coníferas del noroeste estado de Washington en busca de restos de un accidente aeronáutico. Sobrevuela el monte Rainier cuando tiene una visión que cambiará su vida (y, probablemente la de buena parte de los hijos del siglo XX). Arnold observa nueve objetos brillantes que se mueven de forma errática sobre el cielo («botando, como platos arrojados sobre una lámina de agua»), a 3.000 metros de altura y a una velocidad que él estima en 1.300 kilómetros por hora. Las extrañas naves tienen forma de boomerang.

«Se alarmó. Temió que se trataba de aviones enemigos», explica Ricardo Campo, filósofo canario. Arnold aterrizó a toda prisa en una pista del estado de Oregón y corrió hacia una oficina federal para denunciar el hecho al grito de «¡que vienen los rusos!». Pero la encontró cerrada. Campo señala que Kenneth Arnold contactó con un periodista, Bill Bequette, director del diario local 'East Oregonian', a quien contó la historia con pelos y señales. Al escribir, Bequette confundió la forma de las naves y, sin querer, bautizó al fenómeno con el sobrenombre de platillos volantes. La noticia saltó a los teletipos de las grandes agencias y, por arte de birlibirloque, el paisaje se llenó de platillos volantes durante décadas.

Más de medio siglo después de aquel 'avistamiento', Bilbao acogió ayer un ciclo de charlas en la Biblioteca de Bidebarrieta bajo el título '60 años de platillos volantes' organizado por EL CORREO, la UPV, el Círculo Escéptico, el Center for Inquiry y el Ayuntamiento de Bil-

60 años después de que Kenneth Arnold 'avistara' nueve platillos volantes desde su avioneta, el filósofo participó ayer en un debate organizado por EL CORREO y la UPV

bao. Ricardo Campo, miembro de la Fundación Anomalía y del Círculo Escéptico, disertó sobre 'La invasión que nunca llegó'.

—¿Lo de los ovnis es un invento reciente?

—En todas las épocas ha habido fenómenos celestes que el hombre no ha sabido explicar. Pero es en los siglos XIX y XX cuando se empieza a especular con la existencia de seres de otros planetas y, también, con la posibilidad de que el hombre abandone la Tierra para visitar el cosmos. Se inventa el teléfono y el telégrafo y máquinas más pesadas que el aire, capaces de volar. En los cómics aparecen ya aventuras con extraterrestres. Y en las películas de los años 20 y 30 salen seres de otros planetas que raptaban a seres

humanos...

—Y todo desemboca en el avistamiento de 1947...

—Sí. Influyen muchos factores. Con la Guerra Fría se especula con la posibilidad de que la Unión Soviética posea cohetes para atacar Estados Unidos. Se tiene miedo a una invasión. Arnold cataliza todos esos miedos con su testimonio sobre los nueve objetos voladores. Es curioso que el periodista que publicó su testimonio confundiera el movimiento de las naves, que saltaban como platos, con su forma. Y así han pasado a la historia del siglo XX.

—Con una potencia descomunal. Se han hecho decenas de películas y miles de personas afirman haber visto ovnis...

—Estamos ante un mito religioso, una sabiduría que nos viene del espacio y que cumple con todos los tópicos del mito popular. Se trata de unos conocimientos ocultos que los malos (en este caso el poder) ocultan a los ojos del pueblo. Unos pocos, los escogidos, esos caballeros andantes en que se convierten los ufólogos o determinados informadores sensacionalistas, derrotan al poder, a los censores, y entregan el tesoro de la verdad a sus seguidores. Entra en juego, además, otro elemento fundamental: la conspiración, los gobernantes del mundo conchavados para ocultar información. Los ovnis son un espejo de esa teoría de la conspiración.

—Muy curioso. Pero una cosa es observar unas extrañas luces en el

cielo y otra jurar y perjurarse que uno ha sido capturado por alienígenas y conducido a sus naves para mantener relaciones sexuales o para ser sometido a adoctrinamiento...

—Las abducciones son un fenómeno dentro de los ovnis. Surgen por factores culturales, como el miedo a los médicos que raptaban a seres humanos para sus experimentos de vivisección. También se ha dicho que tras esos raptos se ocultaban perversiones sexuales... Se trata de un fenómeno cultural y psicológico. Hasta se crean grupos de abducidos, al estilo de alcohólicos anónimos, donde se dan ayuda y protección unos a otros.

Doctor, soy un abducido

—¿Hay alguna explicación para esas visiones?

—Sí, desde un punto de vista psicológico. Por un lado existe un fenómeno llamado parálisis del sueño. Quienes lo padecen tienen percepciones 'reales' mientras duermen. Creen que son reales sueños sobre brujas, extraterrestres o lo que sea.

«Hay aliens feos, buenos y tramposos»

J. MÉNDEZ BILBAO

Eduardo Angulo es biólogo de la UPV, escéptico y un tipo divertido, capaz de bucear en los libros de Julio Verne para publicar otro sobre la gastronomía en la obra del genial escritor francés. También dedica parte de su tiempo a seguirle la pista a los extraterrestres en todos sus formatos: cómics, películas, novelas... Ayer pronunció una conferencia con el título «¡Marciano, ven a casa!». «Es una broma que juega con «¡Marciano, véte a

casa!», una obra muy popular escrita por Fredic Brown, donde aparecen unos hombrecillos verdes que invadían la Tierra», dice.

Angulo recuerda que una jugosa descripción de un extraterrestre se debe al magín de Voltaire, que inventa a Micromegas, un alienígena con aspecto humano, pero que mide ¡32 kilómetros de alto y habla mil lenguas! H. G. Wells, aquel genio que inventó la ciencia ficción y escribió 'La máquina del tiempo', 'El hombre invisible' y 'La guerra de los mundos', fue el pri-

mero en situar hombres en la Luna. «Retrató una sociedad colonial, como la de las hormigas o las abejas, con su sistema de organización y de división del trabajo, una parábola de lo que eran las sociedades comunistas», dice.

En los años 20, prosigue Angulo, Hugo Gernsback, otro padre de estos mundos paralelos, reinventa a los hombrecillos, que pueblan las baratas revistas de cómics (llamadas pulp, librillos hechos con pulpa de papel, sucios y amarillentos) donde se aparecen como

monstruos de ojos saltones... «Los hay de todas las formas, pulpos, medusas, hombrecillos buenos al estilo de los ewoks de la Guerra de las Galaxias, incluso hay quien los ha imaginado como minerales inteligentes: en Star Trek hay una piedra andante y Asimov crea una roca viviente que sustituye nuestra química del carbono por la del silicio. A lo largo de la historia, los hay buenos, como ET, malísimos, como Allien, horribles y locos, como en 'Independence day', feos como diablos, caso de 'Depredator', diminutos y gigantes, como la computadora Solaris. Pero todos tienen algo en común, son creación de la mente humana».